

MARTHA BEATRIZ GUERRERO MILLS*

La hermenéutica histórica y la teoría de la recepción en historiografía

Historical hermeneutics and the theory of the historiography “reception”

Resumen

La teoría de la recepción analiza los procesos de significación del *otro*, en el proceso de construcción del conocimiento, y los resultados que arrojó a la historia; la habilidad en ello nos ayuda a reconstruir las expectativas, las experiencias de vida y la realidad socio-cultural. Tomando en cuenta el concepto de otredad, se puede reconocer el lugar social del texto; es decir, la percepción del lector y la comunidad de interpretación.

Palabras clave: Teoría de la recepción, historiografía, metodología de la historia

Abstract

The reception theory analyses the significance of the other in the generation of knowledge and its impact on history; this helps us restructure our expectations, life experiences and socio-cultural realities. This concept of “otherness” allows us to recognize the social context of the text itself; it allows us to recognize the reader’s perception and the community’s interpretation.

Key words: Reception theory, historiography, methodology of history

La historiografía proyecta la formulación de categorías teórico-conceptuales para poder indagar en los textos históricos y en los procesos de significación de los mismos. Por ello, el análisis y el sentido de la escritura de la historia refieren una intencionalidad, contexto y lenguaje, puesto que existe el conflicto con los sistemas epistemológicos y culturales. La historia siempre es reinterpretada para conocer lo que quiso decir el autor, por medio de su palabra escrita, esto refleja una variedad de posibilidades; aunque subjetiva, es posible actualizarla de manera que lo escrito posibilite nuevas experiencias intertextuales en la relación autor-lector-texto. ¿Por qué el título, cuándo se escribió, en qué tiempo, quién y qué escribió, en qué estaba pensando, cuáles fueron sus motivos? Son preguntas esenciales que se plantea todo lector al introducirse en el texto, y con esta actividad hermenéutica es capaz de leer y reescribir sobre una o varias interpretaciones de la obra y del autor, del tiempo pasado. Ante esta posibilidad se puede proyectar una intersubjetividad entre la comunicación textual: el autor y el lector; en pocas palabras:

La obra escrita que habla a un futuro lector existe como tal obra porque espera o busca respuesta. Si nadie escribe por escribir, todo escrito lo es para un lector. Por consiguiente, cualquier obra reclama en su misma estructura temporal al futuro lector o al intérprete para quien, en el fondo, se escribe.¹

En esta relación cabría preguntar por la intencionalidad: ¿para qué y para quién se

escribe una historia? Y así, traspasar la discusión de la narratividad a partir de los hechos constituidos como causa-efecto; lograr la interpretación semántica del texto a partir de escuchar la voz del otro y reflejar su significado, coherencia y sentido al discurso histórico; en el sentido de una experiencia hermenéutica, como se argumenta a continuación.

La propuesta de la teoría de la recepción en la historiografía invita a problematizar la escritura de lo histórico, vista como referencia de una realidad pasada que se puede reabrir ante las posibilidades de significado y reinterpretación de las obras históricas, mediante la actualización del contexto dado. Cabría enfatizar que la historiografía analiza las estructuras narrativas de la historia como texto comunicativo; es decir, ve la lógica de la investigación, analiza sus elementos y factores narrativos, en sus propios términos: tanto poéticos como retóricos. La lectura es un acto de creación de sentido, reflexivo y en cierta forma metafórico; de hecho, la recepción es un elemento esencial en la configuración del relato, porque interviene en el proceso de significación de la obra, producto de la interrelación entre el lector, el texto y el autor. Así, parafraseando a Michel Foucault: leer es trabajar como arqueólogos de las palabras y los significados, penetrando los tiempos pasados y creados por una herencia cultural específica.² De esta forma, el lector necesita un horizonte referencial para asimilar el texto como un espejo de sentido. La idea metafórica del espejo es por el reflejo dialéctico que condiciona el pensamiento y por la expresión escrita,

¹ Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*, pp. 69-95.

² Michel Foucault, *La arqueología del saber*.

presentado a su vez como texto y contexto. La principal característica radica en la producción de sentido. Si bien el arte de comprender la historia se presenta como significado de la aplicación de instrumentos de trabajo para forjar un criterio, en contraste con una excesiva crítica o sobreinterpretaciones. El texto se nutre a su vez del contexto, independientemente del autor, al ser capaz éste de mostrar la historicidad. De ahí la necesidad de aplicar la hermenéutica en el proceso de pensamiento crítico; porque el autor es resultado de una historia personal, pero a la vez colectiva; al ser un sujeto social, le configura su espacio temporal en el acto de escritura.

Con el apoyo de la teoría de la recepción es posible conocer el lugar social del texto; es decir, la percepción del lector, del analista, el investigador, la comunidad de lectores y, en general, del público. El texto mantiene una historicidad, que permite observar desde la trayectoria de la autoría hasta continuar en distintos momentos de discusión, de temporalidad, periodo, época, que en el pasado haya tenido una revaloración o diversas percepciones. Como ejemplo, tenemos una obra considerada clásica que pertenece a una época determinada; sin embargo, a lo largo del tiempo se han realizado estudios, revaloraciones y traducciones, y se tienen diversas percepciones dependiendo del ámbito donde se sitúe el análisis; si bien la obra de Cervantes, *Don Quijote*, se conoce en todo el mundo y se ha traducido a todos los idiomas, cada país tendrá una percepción diversa y similar de la obra; estos rasgos comparativos ayudan a matizar un análisis de la tradición de la teoría literaria y de la historiografía, en la medida

en que los parámetros de estudio se amplían al contexto, a la comunidad, a las identidades y a la presencia de la obra dentro de la sociedad.

A partir de la posición de Hans-Georg Gadamer sobre la teoría del círculo hermenéutico, el lector es el agente que vincula los prejuicios, prefiguraciones y horizontes de expectativas del texto leído; esta relación entre el lector y el texto es dialéctica, y es un diálogo que posibilita un amplio proceso de comprensión e interpretación, que a su vez se convierte en un nuevo horizonte de experiencia. Para Gadamer, la estructura de la experiencia deviene del análisis de la conciencia de la historia efectual, la experiencia vista como tradición, cultura, e inmersa dentro del círculo hermenéutico. Así, los niveles del entendimiento se diferencian de acuerdo con el *yo, tú, ellos* que viven la experiencia como proceso dialéctico. De esta forma, la recepción del texto adquiere sentido como agente social, al persuadir e indagar lo escrito para que consiga una relación comunicativa.³

La hermenéutica histórica es la interpretación comprensiva, transpuesta y adaptada a las condiciones de significado de los hechos históricos; opera a través de la comprensión de signos, para obtener de ellos sucesivos significados, aproximaciones y apreciaciones. La hermenéutica histórica nos invita a decodificar y a hacer interpretativa la acción discursiva; nos permite ver la relación, los enlaces y los vínculos entre los sujetos históricos, analizar el discurso e instigar a la reconfiguración; asimismo, invita a redescubrir el mundo a través de la

³ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, vol. 1, p. 370.

crítica de las ideologías, el lenguaje y la argumentación. El método que se propone adaptar lo podemos resumir en seis pasos. El primero, analizar el tiempo: abstraer el presente, mirar en retrospectiva, para construir el pasado; el segundo, definir las autodesignaciones de los sujetos históricos; tercero, la inclusión de la acción concreta, la mentalidad predominante en el público al que se dirige; cuarto, la historicidad del receptor/emisor; quinto, la relevancia que a futuro tuvo el documento en acción: el horizonte de expectativas. Por último, obtenemos la significación, que se adquiere al adoptar una crítica, una valoración personal y una aportación novedosa de la comunidad de interpretación.

Hans-Georg Gadamer consideraba la hermenéutica como un examen de condiciones, en el cual tiene lugar la comprensión; ésta se manifiesta en el acontecer (por tradición o transmisión), similar a una relación manifiesta en la forma de transmisión del lenguaje, pero diferente a un objeto (el texto) que habría que comprender e interpretar, debía ser entendido como un acontecimiento cuyo sentido penetraría frente a la posibilidad de ampliar el horizonte histórico. En sus términos planteaba, al dirigir su atención al problema de los prejuicios, que:

[...] sobre todo cuando nos referimos a la pretensión de la conciencia histórica de ver al pasado en su propio ser, no desde nuestros patrones y prejuicios contemporáneos sino desde su propio horizonte histórico.⁴

Por lo tanto, el horizonte histórico se comprende desde el presente con proyección al pasado; esta proyección la denomina Gadamer *tarea de la conciencia histórico-efectual*, mediación entre el presente y el pasado por la capacidad interpretativa de la hermenéutica, la cual, más allá de un método que aplica el lector, es una forma de concebir un estado de comprensión y un significado verdadero al texto, en tanto conjunto de argumentos y discursos. De esta manera, Gadamer generó la teoría del círculo hermenéutico que apoya la comprensión del lector como agente, quien vincula los prejuicios, prefiguraciones y horizontes de expectativas del texto leído. Esta relación entre el lector y el texto es un diálogo que posibilita un proceso amplio de comprensión e interpretación.

En este sentido, se localiza la discusión entre la teoría de la coherencia y la teoría de la correspondencia, el fundamento objetivo que se presenta en el discurso historiográfico, a reserva de su clasificación, ciencia social o ciencia humana; por lo cual reconocemos su labor científica y la afirmación de sus datos como una labor verídica.⁵ La veracidad del conocimiento histórico es siempre relativa al testimonio, a los hechos y a la interpretación del autor; ligado a su vez, con los prejuicios y las opiniones personales que invierte el escritor en sus textos. Por ello, se debe de tomar en cuenta que cualquier fundamento basado en un hecho histórico recae en una subjetividad relativa y en la verosimilitud narrada.

⁴ *Ibidem*, p. 373.

⁵ Günther Patzig, "El problema de la objetividad y del concepto de hecho", p. 151.

Considero que existen criterios cuantificables que nos marcan tendencias y nos aproximan a una veracidad; apreciamos, entonces, que no existen verdades absolutas a pesar de que los sucesos se cotejen con el discurso y con los datos. La objetividad en la historia se aproxima a la discusión científica de la teoría del conocimiento que advierte diferenciar entre objetivo y subjetivo, entre verdad absoluta y relativa, entre parcialidad, elocuencia y hecho. Un falso criterio es mostrar a la objetividad como verdad absoluta. En este sentido, considero que la veracidad real reside no sólo en los acontecimientos, sino en el discurso de las interpretaciones por parte de los historiadores. Ante estas características del fenómeno en cuestión, suscita desconcierto y angustia meditar que la historia oscila entre verdad y ficción —a pesar de que cada uno contenga grados de elocuencia—; por lo tanto, dependerá del historiador establecer los acontecimientos, narrarlos, interpretarlos y, en cierta medida, juzgarlos. ¿Cómo reconocer los prejuicios? Por ejemplo, valdría la pena recalcar que la historia escrita, como creación literaria, narrativa y emblemática, representa un quehacer constante y cotidiano de reflexión, mantiene su historicidad y proyecta características sociales que nos garantizan una veracidad, a pesar de cotejar el hecho con las representaciones históricas. Por ello, nos parece apropiado observar el contexto total, las verdades parciales sólo se observan en su contexto, de ahí que la necesidad de actualizar y reinterpretar constantemente adquiere sentido.

La corriente historiográfica que aplica la teoría de la recepción alude a la historia como representación de la reali-

dad (Foucault); por lo tanto, los conceptos que dan coherencia a las propuestas son: buscar los procesos de significación, revalorar las interpretaciones, analizar los textos en su sentido hermenéutico y concebir la relatividad de la veracidad histórica que va más allá de la objetividad del conocimiento histórico. La recreación de estos nuevos paradigmas invita a la disertación de los indicios, la diversidad, el multiculturalismo y plurivocidad del lenguaje, entre otras categorías que se insertan para definir la recepción.

La teoría de la recepción en historiografía se vale de los horizontes de experiencia y de expectativa, presentados por Koselleck y reafirmados por Ricoeur, los cuales se aplican tanto para las historias narradas como para las historias vividas, ya que proponen observar la historicidad presentada, representada y refigurada de los discursos historiográficos. En este sentido, Koselleck mencionaba:

Así pues, permanencia, cambio y novedad se captan diacrónicamente, a lo largo de los significados y del uso del lenguaje de una y la misma palabra. La cuestión decisiva temporal de una posible historia conceptual, según la permanencia, el cambio y la novedad, conduce a una articulación profunda de nuevos significados que se mantienen, se solapan o se pierden y que sólo pueden ser relevantes socio-históricamente si previamente se ha realizado de forma aislada la historia del concepto. De este modo, la historia conceptual, en tanto que disciplina autónoma, suministra indicadores para la historia social al seguir su propio método.⁶

⁶ Reinhart Koselleck, *Futuro y pasado*, p. 115.

Por su parte, las teorías de Paul Ricoeur sobre la interpretación observan la posibilidad de nuevos significados de los discursos dentro de las narraciones. El análisis de los significados representa la función de la enunciación; esto es, ¿por qué se dice?; en tanto que al historiador le confiere una capacidad deductiva y una amplitud de pensamiento para discernir un conjunto de paradigmas como una estructura de posibilidades. De ahí la necesidad de establecer una estructura que permita jerarquizar niveles de procedimiento, es decir, los horizontes –temporalidad, espacialidad, discursivos, de enunciación– que condensan parámetros de significado dentro de ellos; de igual manera, que permita discernir su contexto –fuera del texto– y discursos entre líneas –dentro del texto–. Paul Ricoeur concibió la fenomenología hermenéutica para valorar la riqueza del lenguaje, de los símbolos, en sus aspectos formales y dinámicos. Demostraba que la hermenéutica es un método capaz de cuestionar la dicotomía comprensión explicación, la cual es a su vez dialéctica porque la bifurcación entre estos dos agentes aparece en momentos relativos de un proceso de interpretación. En este sentido, afirma Ricoeur:

[...] el texto es un discurso fijado por la escritura [...] La función que cumple la lectura respecto a la escritura podría dar un mayor peso a la idea de que existe una relación directa entre el querer decir del enunciado y la escritura. En efecto, la escritura apela a la lectura conforme a una relación que, de inme-

diato, nos permitirá introducir el concepto de “interpretación”.⁷

Asimismo, Paul Ricoeur explicó la fenomenología de la temporalidad en tres parámetros: prefiguración, configuración y refiguración; que en síntesis, son transfiguraciones del tiempo en la realidad narrada. La temporalidad como una correspondencia anticipada para describir: tiempo vivido, universal, de cronología, del calendario y mítico. Así, distinguió: “Sólo la dialéctica del sentido y la referencia dice algo sobre la relación entre el lenguaje y la condición ontológica del ser en el mundo”.⁸ Con ella, Ricoeur incorpora el modelo de interpretación estructuralista con el modelo nomológico-deductivo de la lingüística, para el análisis del discurso narrativo, entendido como dialéctica el acontecimiento, el sentido y la referencia; “con relación al eje de referencia, es posible recorrer el tiempo en las dos direcciones, desde el pasado hacia el presente y desde el presente al pasado”.⁹ Además, reconoce que el conocimiento histórico pretende alcanzar la veracidad haciendo uso de las huellas del pasado, de los testimonios, a diferencia del relato de ficción que hace uso de la autorreferencia del discurso, que nos remite a su hablante, al mismo tiempo que se refiere al mundo representado por él.

Paul Ricoeur propone analizar, a partir del modelo deductivo, las narraciones históricas e ir más allá de la literatura y de la crítica literaria –ésta sólo se ocupa de la forma estética–, para comprender

⁷ Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, pp.59-60.

⁸ *Idem*, *Teoría de la interpretación*, p. 10.

⁹ *Idem*, *Tiempo y narración*, p. 787.

y explicar los modos como la historia se presentan, la narratividad y la intencionalidad del discurso referente. En este sentido, las interpretaciones muestran una representación y significado de la historia para el presente. Para Ricoeur, el texto histórico es un discurso narrativo. El diálogo que se establece con el texto es entre el lector y el escritor, el mundo presentado en el texto: un mundo imaginario. Con esta cantidad de valoraciones del texto, como plurivocidad interpretativa, puede ser conferida a las oraciones con ambigüedad, anacrónicas o a los falsos prejuicios, que nos ayudan a identificar –como lectores– los significados de los acontecimientos, así como su relación dentro de la narración. Así, el teórico francés concibió la fenomenología hermenéutica conduciéndonos a la valoración de la riqueza del lenguaje, de los símbolos; en sus aspectos formales y dinámicos, demostró que la hermenéutica más que ser un método, era capaz de poner en cuestión la dicotomía y dialéctica entre comprensión y explicación; porque entre estos dos, aparecen momentos relativos de un proceso que puede llamarse interpretación, que es el proceso de redescubrir el mundo mismo a través de la crítica de las ideologías, el lenguaje o la argumentación.

La labor interpretativa definirá los significados, valores y fines que dan impulso a la creación discursiva. Finalmente, la interpretación es el resultado de la reconsideración del discurso del texto, significa enlazar un discurso nuevo con el texto. Con este nuevo efecto, el texto se actualiza con la interpretación, por ello adquiere sentido, significado y una dimensión semántica; sin embargo, es posible diferenciar entre una interpre-

tación ingenua y una crítica, entre una superficial y una profunda para la labor hermenéutica; de igual forma, de la historiografía, el recuperar el sentido en la lectura, en las palabras de Ricoeur: “el decir del hermeneuta es un rededir que reactiva el decir del texto”.¹⁰

La configuración del tiempo en el relato histórico es un proceso cíclico de la hermenéutica, que puede ser aplicada a la narración histórica en tres tiempos: mimesis I, mimesis II y mimesis III. *Mimesis* significa la representación y redescipción, atendida como una nueva creación metafórica de la realidad plasmada en las narraciones históricas. Ricoeur da sentido a la interpretación, la cual parte de la búsqueda de los textos, se involucra con la trama, reitera la creación de imágenes y de acontecimientos. Al comprender un nuevo lenguaje con los libros, se requiere de una posición cognitiva que permite la comprensión, la apropiación y la reinterpretación personal de lo leído. Por ello, en el proceso hermenéutico intervienen dos agentes esenciales: el texto y el intérprete. En el sentido de Gadamer, hay una fusión de horizontes.

Considero, entonces, que la filosofía de Paul Ricoeur comprende una dinámica ideal para caracterizar relaciones subjetivas localizadas en los propios planteamientos del quehacer historiográfico, porque los procesos de significado que proyecta la historiografía conforman la formulación de categorías teórico-conceptuales para el análisis y sentido de escritura de la historia, refiere a una intencionalidad, de contexto y lenguaje. Si partimos de la idea de que cada obra e historiador son hijos de su tiempo,

¹⁰ *Idem, Historia y narratividad*, p. 81.

entonces la historia escrita es un sistema de ideas y creencias que vive y se reproduce en sus textos, porque el movimiento discursivo del mismo va de la mano con el registro de los testimonios. La discusión incide en si se puede o no separar el texto del autor; independientemente de los criterios que se empleen, la labor del lector o intérprete será indagar en el manejo hermenéutico de la obra y observar su contexto:

El texto "actualizado", por lo tanto, encuentra un contexto y un auditorio. Recupera el movimiento de remisión a un mundo y a unos determinados sujetos que había sido interrumpido y suspendido. Ese mundo es el del lector, que, a su vez, es el sujeto al que se refiere el texto.¹¹

Desde la década de 1970 con la Escuela de Constanza, de la cual Hans-Robert Jauss (1992) y Wolfgang Iser (1987) fueron los máximos representantes, la historiografía literaria y la historia de la literatura incorporaron el concepto de *recepción*, más allá de su significado tradicional que era: el que recibe el mensaje. Esta corriente teórica, mejor denominada estética de la recepción, se interesó en estudiar el vínculo entre autor-obra y público. Particularmente, Jauss consideró el *horizonte de expectativas* del lector y el periodo histórico, bajo el argumento de que la lectura no es un proceso literal, lineal o neutral, sino que el lector llega con sus prejuicios y convenciones al texto y lo actualiza permanentemente.

A partir de la historiografía, que atrae la reconstrucción como principio

—pero es más objetiva, ya que se habla de la realidad histórica, no de ficción, como lo que elabora la crítica literaria—, los espacios de recepción son los lugares físicos donde se fundan las comunidades de interpretación. En otras palabras, los lectores participan en el proceso creativo que unge la explicación, los comentarios, las aportaciones o simplemente la cita por autoría. En particular, el lector es capaz de captar los procesos de significación y, por ello, las comunidades de interpretación dan el sustento en diversos espacios para dictaminar una obra, ingresarla a la crítica y, por ende, a la ridiculización, al éxito o al fracaso; como en varias manifestaciones, se expresa el lector como agente social. Un claro ejemplo de esta participación coercitiva en la que se manifiestan las diversas expresiones del lector como agente social, son las revistas especializadas, espacio donde se pueden observar en un lapso determinado las series discursivas de un grupo de intelectuales.

La historicidad de la obra muestra matices diversos en cada una de las reinterpretaciones; por lo tanto, el objetivo primordial será conocer las intencionalidades, la importancia del contexto histórico dentro del espacio académico y social, tomando en cuenta tanto a los comentaristas, como a la audiencia; asimismo, indagar a partir de la recepción de la obra bajo los criterios y parámetros de la polémica, la habilidad en ello nos permitirá conocer los valores, las percepciones, los intereses, la interpretación de la estructura y en referencia; así como los prejuicios, entre otras interpretaciones personales del receptor.

Si bien el público es quien admite o desmitifica una obra en particular, por

¹¹ *Ibidem*, p. 75.

lo tanto el principal receptor, tendrá por ello sus propios canales de comunicación; esto es, el espacio intelectual. Éste puede ser definido como el lugar o zona de debate donde las personas privadas hacen un uso público de su razón; a su vez, el espacio intelectual es llamado *comunidad de interpretación*. Dos ejemplos claros, podemos mostrar, en quienes recae la crítica: los lectores especializados, por una parte, y en el uso de las citas textuales, la base para nuevos planteamientos e interpretaciones, por otra. Cada comunidad de interpretación tendría sus propios horizontes de expectativas, porque a lo largo de la historia hay un conjunto de intelectuales que se identifican con la misma producción –aunque cabe señalar que no siempre es a quien va dirigida la obra–; en términos generales, se dan a la tarea de investigar por la incertidumbre o por la falta de credibilidad gradual de las propuestas expresadas por los autores criticados para matizar las propias; así como por los hallazgos de nuevas huellas, fuentes o referencias.¹²

Por otra parte, con base en la teoría de los signos y significados de la semiótica, la recepción recae en el acto de reconfigurar los actos y símbolos, para conferirles un significado real o tácito; la habilidad en ello permite construir las expectativas, las experiencias de vida y la realidad socio-cultural. En este sentido, advierte María Moog-Grünwald, se deben delimitar diferencias entre la recepción literaria y la estética; también distingue que para llevar la recepción al plano de

la interpretación y la significación debe existir un proceso de comunicación:

Para que la recepción se convierta en un diálogo, en una comunicación literaria, se requiere mucho más que la recepción y la conservación pasivas; se requiere una respuesta que, por su parte, evoca réplicas que producen consecuencias reales. Tales consecuencias pueden consistir, por una parte, en el cambio de horizonte del público, que impone una obra a base de sus divergencias del sistema antecedente de referencia de las expectativas extra e intraliterarias.¹³

En otras palabras, atribuye una relación entre la función social y el significado de la producción literaria, ya que la recepción recae tanto en los lectores, como en la crítica –lectores especializados– y en los que fueron la base para nuevos planteamientos e interpretaciones. Así, la recepción es parte de la experiencia estética de una obra considerada no sólo artística, sino documental, testimonial. De ahí que se identifique con el horizonte de expectativas, porque a lo largo de la historia de la literatura hay una sociedad que se identifica con la misma producción y recepción, es su público. Moog-Grünwald identifica tres formas de la recepción: la pasiva de los lectores, la reproductiva mediante la crítica y la productiva por los creadores de una nueva obra. Cabe enfatizar la historicidad de la comunidad de lectores, ya que no sólo a partir de las aportaciones que la crítica literaria realiza se puede concluir la recepción, coinciden en presentar al

¹² Roger Chartier, *El mundo como representación*, pp. 45-62.

¹³ María Moog-Grünwald, “Investigación de las influencias y de la recepción”, pp. 245-270.

contexto como la aceptación de la obra, donde se establece al grupo lector, quienes participan dentro del proceso creativo que confiere la explicación, comentarios, aportaciones o la cita por autoría.

Es preciso puntualizar los criterios que desde la estética de la recepción aportaron al análisis literario las propuestas de Mijaíl Bajtín, quien propone establecer el placer de la lectura, abordar el texto como un todo con posibilidad de múltiples significados –desde las oraciones, argumentos, imágenes, relatos, discursos–, y concebir al lector implícito o explícito; mientras que la recepción es un acontecimiento innovador, es reconstrucción:

El carácter único de lo natural (por ejemplo, de una huella digital) y el carácter irreplicable, significativo y signico, del texto. Sólo es posible una reproducción mecánica de una huella digital (en cualquier cantidad de copias); por supuesto, también es posible una reproducción igualmente mecánica del texto (reimpresión), pero la reproducción del texto por un sujeto (regreso al texto, una lectura repetida, una nueva representación, la cita) es un acontecimiento nuevo e irreplicable en la vida del texto, es un nuevo eslabón en la cadena histórica de la comunicación discursiva.¹⁴

Para Bajtín, el texto tiene su propia historicidad y es reflejo de representaciones de la realidad, en diversos espacios y ambientes, pero que le dan vida. En la lectura se establece una comunicación tácita entre el autor, el texto y el lector;

este último es el portador de la recepción y capaz de entender los procesos de significación.

En síntesis, la reconstrucción propone el análisis de la textualidad y el contexto social, es decir lo real; por ello, rechazan las ideas decimonónicas de que todo gira en torno a la causalidad. Esto es, ver la historicidad del texto en sus dos vertientes: como producción cultural y el contexto como posibilidades en la historia; porque es una relación intertextual. Aunque, no hay que olvidar la temporalidad y espacialidad, retomando al historicismo, debemos pensar en que cada texto y cada discurso están en función de la época que le tocó vivir al escritor; así, el intérprete ideal observará que muchos conceptos varían y variarán dependiendo de la historicidad del mismo texto, conforme a la realidad social del autor y adquirirá otros matices con relación a la producción de sentido, esto es en observancia con el significado.

Al analizar las diferentes discusiones en torno a la representación de la historia, observamos diferentes posturas académicas que nos invitan a reflexionar sobre la epistemología de la historia. Sin embargo, suscita desconcierto observar las valoraciones posmodernas con relación al fin de la historia y ambigüedades subjetivas, las cuales tienden a estancar los avances de la academia por resolver planteamientos propios de la disciplina. Esta ambivalencia del uso preciso del lenguaje nos permite interconectar lo social con lo individual, distinguir el tiempo y el espacio, diferenciar las interacciones entre el habla y lo escrito para discriminar los discursos simples de los que son complejos. En este último caso, nos dirigimos a observar dentro de las

¹⁴Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 297.

estructuras gramaticales de una oración o argumento para conocer el sentido y su significado. De esta forma, se puede manejar el uso del lenguaje en varias dimensiones o niveles, como: el orden de las palabras, las frases o las cláusulas, u otras propiedades que estudia la sintaxis.

Otra de las discusiones a debate infiere la reflexión entre la forma y el contenido del discurso; de ella se esgrime la posibilidad de un significado real, ya que no puede haber generalidades del lenguaje por el uso particular, a lo cual llaman textualidad; el carácter de la fuente escrita nos indica los vínculos entre: la forma, el contenido y la dimensión social del mismo, para llegar a niveles de significado y representación de la realidad histórica que atraviesa el camino a la *deconstrucción* de la realidad como texto. Ya sea como parte de la construcción, el significado y el contexto son los parámetros intertextuales e intersubjetivos, o sea de mutua representatividad. En esta idea se conectan múltiples posibilidades tanto de interpretación como de realidades mismas, materiales y discursivas. Si se apunta de nueva cuenta a la crítica literaria, para Umberto Eco, la semiótica del código y la semiótica del texto son dialécticamente interdependientes; por lo tanto, la disertación del interpretante final no dependerá de un lector y un autor modelo o ideal, sino del significado del signo y la cooperación que se le destine al contenido del discurso.

En efecto, el intérprete representa al relato, en este sentido Umberto Eco expresaba que el significado de un término contiene todos los desarrollos o expansiones textuales posibles en el universo del discurso; existen objetos diná-

micos y objetos concretos en su calidad de signos. Umberto Eco ha propuesto los límites de la lectura al exponer y diferenciar las obras abiertas de las cerradas. Las estructuras fijas de las obras cerradas no incitan a la construcción, como las abiertas que invitan a la creatividad, al movimiento, pero de forma estructurada, porque: “no se puede usar el texto como se desee, sino sólo como el texto desee ser usado”.¹⁵ Muy útil, sin embargo, el trabajo del historiador como intérprete es delimitar la orientación y delimitación de ciertos universos del discurso, decodificar los mensajes y mostrar lo tangible en sus planos de expresión, no tanto su verosimilitud.

Al evaluar las representaciones semióticas, éstas nos acercan a localizar varios niveles abstractos o conceptuales que indican el sentido, coherencia y persuasión, para determinado discurso. A partir de este análisis no sólo nos acercamos a la función que manifiesta el discurso, sino que también se llega a discernir: ¿a quién va dirigido?, ¿cuál es su referente y cuáles sus tópicos, y los temas a tratar? Finalmente, conocer su reacción y no sólo la relación comunicativa.

El trabajo historiográfico asume la separación del horizonte histórico narrado, en la búsqueda de sentido entre la creación literaria y la recepción de la obra misma, por su audiencia; ello nos invita a conocer cómo se escribía en el pasado. La relación entre el autor, el texto y el lector conduce a indagar en el manejo discursivo; observar sus particularidades, sus propios términos, el uso de su lenguaje, discernir los argumentos, valorar la coherencia, indagar los

¹⁵ Umberto Eco, *Lector in fabula*, p. 9.

orígenes o la tendencia, entre múltiples posibilidades para mostrar tanto el mundo del lector como el del autor. La distinción de estos dos deviene de la propuesta de Paul Ricoeur, que retoman muchos autores, quienes proponen analizar la creación de sentido como representación de la realidad en su horizonte cultural, en comunidad de la recepción del texto, esto es en la lectura.

Si bien la teoría de la recepción en historiografía puede ser atribuida a las aportaciones de los trabajos de Ricoeur en un principio, Tzvetan Todorov continuó la labor experimentando con casos definidos a lo que llaman desde la filosofía la *alteridad*. Para situarnos en el modelo propuesto, Todorov rescata los aspectos históricos de la otredad irrumpiendo con planteamientos diacrónicos en diversos enclaves temporales; analizamos, entonces, un complejo arquetipo socio-cultural que ha estructurado la noción dicotómica civilización-barbarie, que data desde la conquista americana, la cual se ha actualizado o adquirido nuevas semánticas, en diferentes épocas, hasta nuestros días. Asimismo, invita a la reflexión de la alteridad pero desde el punto de vista del extranjero, del desconocido, el otro como el diferente. Todorov confiere una importancia específica al hecho de narrar bajo los argumentos del nosotros y los otros, atribuyendo la carga emocional que llevan consigo los valores éticos y modelan el patrón cultural representado.¹⁶ Todorov habla de una participación de la recepción como sujeto histórico:

Yo quisiera plantear la solidaridad de

lo simbólico y de la interpretación (tal como lo hace también Ricoeur) los cuales, en mi opinión, no son más que dos vertientes, producción y recepción, de un mismo fenómeno. En consecuencia, pienso que su estudio aislado no es deseable, y ni siquiera posible. Un texto, o un discurso, se hace simbólico desde el momento en que, mediante un trabajo de interpretación, le descubrimos un sentido directo.¹⁷

Así, para Todorov el proceso de interpretación requiere de tres elementos: acomodación, asimilación y pertenencia, para lo cual dentro de los textos encontramos indicios –textuales, sintagmáticos o paradigmáticos– que nos hacen reaccionar y en consecuencia, ir en busca de una determinada asociación, ubicar su verosimilitud cultural, si el discurso es portador de sentido, en tal caso obedece a una interpretación concreta.

Por su parte, la historia basada en la teoría de la recepción analiza los procesos de significación del otro –visto desde el texto–, en el proceso de construcción del conocimiento, en tanto los resultados que arrojó a la historia, y no sólo en los estudios de caso, sino que también permite conocer el pensamiento, la intelectualidad y las formas sociales que distinguen el planteamiento interpretativo desde la otredad. Tomando en cuenta el concepto de otredad, se puede reconocer el lugar social del texto; es decir, la percepción del lector, del analista, el investigador, el lector y, en general, del público. De esta forma, la recepción mantiene su propia historicidad y permite el análisis de las expectativas que se te-

¹⁶ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, p. 87.

¹⁷ *Idem*, *Simbolismo e interpretación*, p. 5.

nían respecto a la comunidad donde los textos recaen. Obviamente cada comunidad de intelectuales se define por tener relaciones culturales específicas e intereses políticos y económicos particulares; por ello las explicaciones, justificaciones y censuras son algunos de los rasgos que crean polémica desde la recepción.

En el caso de la relación autor-lector, nos referiremos a ella a partir de la estructura de los textos y de la intertextualidad, la cual adquiere una relación comunicativa, cognoscitiva y referencial. La aplicación de estas nociones teóricas sobre la relación con la escritura puede determinarse en el horizonte cultural que se retome, dando significados precisos al entorno comunitario; esto permitirá cuestionar al texto no como un discurso cerrado y compuesto por una linealidad, sino como propositivo, que refleje por sí mismo un interés por llegar a una audiencia determinada. Del texto dependen el formato, los géneros, la clasificación y los intereses; además, las editoriales tendrán una importancia relativa para delimitar el mundo del lector. En este sitio, podemos mostrar un límite de la historiografía, porque analiza la recepción pero no siempre se localizan testimonios para comprobar la autenticidad de esta recepción, pues no se obtienen rastros o huellas testimoniales.

En términos generales, la lectura es la transmisión de conocimientos; para una lectura concienzuda, silenciosa, profunda y meticulosa se requieren ciertos rasgos de especialidad, de características personales, del uso de la meditación, al estilo escolástico, donde el entendimiento es más puntual y el lenguaje se elabora para la transmisión de un mensaje, una teoría, un relato, una historia.

En este sentido, el acto de leer adquiere un carácter personal entre el autor y el intérprete, quienes pueden ubicar su importancia dentro de los parámetros de la discusión de la obra en diversos modos de resignificación, los cuales a su vez tienen su propia historicidad. Así, el significado de una obra radica en la experiencia del lector con ella, lo experimenta en términos de su propia identidad. Precisamente, la diferencia entre leer e interpretar se asume como una experiencia de entender al lector bajo sus hipótesis. Entonces, el texto proyecta una libertad en la lectura, como de placer; por ello apreciamos que la libre interpretación es una estrategia recapitada, que propicia apertura, hallazgo y descubrimiento de las formas, referencias y puntualizaciones literarias para llegar a la figuración, coherencia y construcción de un texto nuevo.¹⁸

El debate infiere la reflexión entre la forma y el contenido del discurso, de ella se esgrime la posibilidad de un significado real, ya que no puede haber generalidades del lenguaje por su uso particular, a esto se llama textualidad; el carácter del mismo nos indica los vínculos entre la forma, el contenido y la dimensión social, para llegar a niveles de significado y representación. Es una implicación mutua dentro de un universo concebido textualmente; es decir, hay una relación intertextual.

Finalmente, llegar a la intencionalidad de las representaciones históricas, indagar en la historia con un desdoblamiento de posibilidades, concebirse como autorreferencia en el texto (textualidad),

¹⁸Roland Barthes, *El placer del texto y lección inaugural*, p. 1974.

y de ahí, partir de realidades subjetivas, más que de acercamientos tangibles, como plantea la historia moderna, sustentada en los *acontecimientos*; es decir, concebir el texto y el contexto en diversos niveles de análisis, y redefinir la historia, la cultura y la sociedad con base en cuestionamientos multidisciplinares, los cuales darían cabida a nuevos paradigmas. La propuesta concreta insta recalcar un rompimiento con las metahistorias, metarrelatos o historias totales, que son argumentaciones establecidas desde el siglo XIX, las cuales acreditan a la historia como emblemática, episódica, lineal, por la causa-efecto, y determinista; con verdades absolutas, puras o positivistas, que no dictaminan la cientificidad de una proposición verdadera u objetiva. Abriendo paso a la abstracción, al análisis de los discursos, a los procesos de significación, a la presentación de la narratividad histórica y a los estudios conceptuales de la historiografía contemporánea, partimos con un rompimiento tácito con la inclinación totalizadora del ser finito en un lapso temporal y espacial, el nuevo enfoque propone la reflexión y aplicación de la historia conceptual.

Con la historiografía posmoderna se toma en cuenta una concepción del tiempo diversa y materializada a los aspectos relativos, donde se discute sobre el tiempo pluridimensional, ambiguo, reversible, polivalente, atemporal, el no-tiempo. De esta forma, se discute sobre los nuevos cambios tecnológicos, comunicativos, los cuales dan paso a una comunicación en tiempo real, que no deja huella a su paso y que puede gestar modificaciones sustanciales al tiempo histórico narrado. Sin embargo, todas estas diferencias sobre la temporalidad acompañan a la idea

clave para entender la discusión: la proyección de definir nuevos horizontes, tanto de experiencia como de expectativa.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl Mijailovich. *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México, Siglo XXI Editores, 1982.
- Barthes, Roland. *El placer del texto y lección inaugural*. Trad. Nicolás Rosa y Óscar Terán. México, Siglo XXI Editores, 1974.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación: historia cultural entre práctica y representación*. Trad. Claudia Ferrari. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Trad. Ricardo Pochtar. Barcelona, Lumen, 1993.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México, Siglo XXI Editores, 1985.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. 2 vols. Salamanca, Sígueme, 1988.
- Iser, Wolfgang. "El acto de la lectura. Consideraciones previas sobre una teoría del efecto estético". Dietrich Rall. Comp. *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, 1993, pp. 121-143.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro y pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. Norberto Smilg. Barcelona, Paidós, 1993.

- Lledó, Emilio. *El silencio de la escritura*. Madrid, Espasa-Calpe, 2011.
- Mayoral, José Antonio. Comp. *Estética de la Recepción*. Madrid, Arco Libros, 1987.
- Moog-Grünewald, María. "Investigación de las influencias y de la recepción". Dietrich Rall. Comp. *En busca del texto: teoría de la recepción literaria*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, 1993, pp. 245-270.
- Patzig, Günther. "El problema de la objetividad y del concepto de hecho". Silvia Pappel. Coord. *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*. 3 vols. Trad. Agustín Neira. México, Siglo XXI Editores, 1995.
- . *Teoría de la interpretación: discurso y excedente de sentido*. Trad. Graciela Monges Nicolau. México, Siglo XXI Editores, Universidad Iberoamericana, 1999.
- . *Historia y narratividad*. Trad. de Gabriel Aranzueque Sahuquillo. Barcelona, Paidós, 1999.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros: reflexiones sobre la diversidad humana*. Trad. Martí Mur Ubasart, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- . *Simbolismo e interpretación*. 2ª ed. Trad. Claudine Lemoine y Margarita Sussotto. Caracas, Monte Ávila Editores, 1992.

